



SANCHO PANZA

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIGIDA

POR VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Benjumea don Nicolás Díaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Castro don Adolfo de.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marín don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Telesforo A.—Rodríguez Correa don Ramon.—Salvochea don Fermin.—Sala don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martínez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

SEUDÓNIMOS.—Cid Asam-Ouzad Benengeli, Madrid.—Crisóstomo, Cádiz.—Dr. Pero Recio, idem.—Dulcinea del Toboso, idem.—El caballero de los Espejos, id.—El Page, Málaga.—Juan Palomeque, Cádiz.—Maese Nicolás, idem.—Maese Pedro, idem.—Parlanchin de provincia, Madrid.—Tomé Cecial Sevilla.

ADVERTENCIAS.

El martes 24 acompañamos á la última morada, el cadáver de la señora doña Mercedes Romero y Espinosa de los Monteros, viuda de Valero, abuela del Director del SANCHO PANZA. Nos asociamos á nuestro querido amigo y á su apreciable familia en su dolor, por la irreparable pérdida que acaban de sufrir, y nos apresuramos á cumplir en estas líneas un sagrado deber, haciendo esta manifestacion de nuestro sentimiento, y tributando un justo homenaje á las virtudes de la difunta señora.

Participamos á nuestros corresponsales y suscritores de provincias, que el señor don ANGEL GARGOLLO es el administrador del *Sancho Panza*. A dicho señor se le dirigirán las reclamaciones, las cartas, y todo lo que pertenezca al ramo de la administracion.

Hoy recibirán nuestros suscritores, como teníamos ofrecido, dos pliegos de impresion de 16 páginas cada uno. En el próximo mes de diciembre daremos el pliego de poesías que tenemos ofrecido.

CONCURSO PICTORICO.

La Academia de Bellas Artes de esta ciudad, de acuerdo con nuestro Municipio, ha dispuesto abrir un certamen para un cuadro original, cuyo asunto, segun marca el programa publicado, «debe ser precisamente relativo á la Historia de la ciudad de Cádiz ó su provincia.»

Aprobamos el pensamiento que ha impulsado á estas corporaciones, por ser en sí altamente protector y patrocinador de una respetable clase de artistas, que hoy dia se encuentra poco atendida y casi olvidada: al mismo tiempo que, reconocemos en nuestra Academia el generoso y recto fin de promover los estudios de la pintura.

Pero á fuer de imparciales y no abrigando temores por nuestra parte de decir la verdad clara y llanamente, manifestaremos nuestra humilde opinion acerca del motivo que se ofrece al pintor, para trazar el cuadro.

En el pasado año estuvo la Academia poco oportuna y acertada al designar el asunto de la composicion, asunto que fué sobradamente juzgado por el criterio de personas competentes en la materia. En la presente época, creemos, que aunque el pensamiento que se ofrece al estudio del artista, no es tan pobre y mezquino como el desgraciado de la *caida de Murillo*, es sin embargo, poco original y nuevo.

«El martirio de S. Servando y S. German, patronos de Cádiz,» es una idea mística, y como tal, digna de inspirar el pincel de un artista, en cuyo género descuellan nuestros grandes maestros, y en el que se puede ofrecer perfectos y acabados modelos. Pero, cabalmente el martirio de los titulares gaditanos, es un pensamiento cultivado por pintores, escultores y dibujantes, en alguna abundancia. ¿Cómo es posible que la Academia, abriendo nuestros ilustres anales, no encontrara en sus páginas, algun episodio histórico mas digno de trasladarse al lienzo y de ocupar la fantasía y génio de los artistas? Poco atinada nos parece, pues, ha andado la Academia, y nos permitiremos indicarle, que para otro año, estudie detenidamente y medite con alguna profundidad el pensamiento que ha de ofrecer para el concurso, teniendo muy presente las reglas de una sana estética, sinó quiere ver luchar á los opositores con la pobreza y mezquindad del asunto. Por hoy no decimos mas.

DULCINEA DEL TOBOSO.

COSTUMBRES CUBANAS.

MI PAISANO. (1)

Dijo Calderon: «La vida es sueño.»

Y los hombres dijeron: y es verdad; pues vámonos á dormir.

Y desde entonces el escritor sueña con el fiscal (Dios melibre) y el casado con los parientes de su mujer; (Ave María purísima!) y la menesterosa doncella con el *te engañé*, que es el mueble de lujo y de moda, y el patriota español con Muley-el-Abas, (apellido legumbres) y el acreedor con el sábado, y yo sueño con mi paisano, y vive Dios que por no soñar con este semi-pariente, daría cualquier cosa por no dormir.

Vivimos en el siglo de las luces, de los progresos, y de los monos sábios; por lo tanto, se necesita ser un alcornoque para que la sociedad lo llame á uno un *génio*; y se necesita ser un *génio* para que la sociedad llame á uno *loco*. Es necesario hablar mucho sin decir nada para adquirir el epíteto de *ilustrado*, y se necesita ser escritor público para conseguir un empleo del gobierno en la Isla de Cuba.

Dicen ciertos filósofos que la *gente de pluma* no sirven mas que para escribir; y si esto es verdad, fuerza es confesar que en España se confían los empleos á personas que no saben ni pueden desempeñarlos.

Hé aquí la solucion de un problema que ningun gobierno ha podido resolver hasta ahora.

Los ingleses llaman al *gallo* el trompetero del dia, y los periodistas políticos, llaman á los *fondos* de sus artículos, el *trompetero* de sus empleos.

Probado que se necesita ser escritor público para ser empleado en la capital de la Isla de Cuba, voy á probar que se necesita no nacer donde nacen los demás hombres, para librarse de ese *moscon social* que se llama *paisano*.

En la Isla de Cuba ecsiste una censura rígida, arbitraria é incalificable; todavia no se le ha ocurrido á los que mandan en aquel delicioso pais, añadir un artículo al reglamento de seguridad pública, en el cual se prohiban á los *paisanos*, que son mas perjudiciales que los artículos y las ideas.

Decia yo, que todos soñamos; analizaré el resultado de tantos sueños.

Los sueños influyen poderosamente en los destinos de los mortales. La realidad es la suegra del sueño, por eso gana siempre.

Lo probaré.

El que sueña con un empleo, y no es periodista,

(1) De una coleccion de artículos inéditos que se propone publicar el señor Caballero, titulada, *Cuatro años en la Isla de Cuba*; tomamos el siguiente chistoso artículo—*Nota de la Redaccion*.

hácese pretendiente y no gana para sombreros; pasa los días de su vida haciendo saludos y presentando memoriales que no leen mas que los porteros de los ministerios, la realidad se apropia el ropaje de la adulación, y se apodera del que soñó ser *gefe* político sin entender que la política no oye al que sabe, sino al que intriga.

El que sueña con la mujer que ama, es menos feliz; la realidad se le presenta con el nombre de *prima*, y sabido es que una *prima* guarda muchas consideraciones á un primo. ¡Oh poder del parentesco! el amor sin primos no es el amor de moda.

El que sueña con la felicidad y se vé libre de parientes indigestos, la realidad se le presenta con el nombre de *paisano*, y desde luego comprenderá el lector que ya tiene el que soñó con esta quisicosa, su fortuna hecha.

¡Ojalá fuera la vida un sueño!

La felicidad estuvo en la tierra, hasta que los hombres dieron en conocerse los unos á los otros. Antes de constituirse los hombres en sociedad, cada cual lucia su cara propia; mas apenas se reunieron, cada cual cubrió su semblante con un antifáz, y todo el mundo anduvo de máscaras: hé aquí el origen del Carnaval. Las pasiones dominaron á los hombres, porque estos no pudieron elevarse sobre ellas: engañáronse los unos á los otros; diéronse *manifestos* y programas; unos fundaron la política; otros llamaban á la *libertad* y levantaban cadalsos; amando á la vida se mataron recíprocamente, sin saber el por qué se mataban; robáronse solapadamente; tuviéronse envidia, y despues de una lucha terrible, llamáronse hermanos, y se abrazaron y se dijeron *paisanos*, que no es otra cosa que un pretesto para no dejar vivir al hombre, que abandonando su pais natal, busca en lejanas riberas el medio de subsistir cómodamente, sin cuidarse de las preocupaciones humanas.

Así como el hombre, cuando abandona los límites de la juventud, cree que el mundo es suyo, porque las ambiciones son mas que las esperanzas; y el que vive mal no cree que puede vivir peor; así el paisano, cuando deja la tierra donde nació, cree que es muy justo molestar al que no lo conoce.

Oh! bienaventurado Adán, que te vestes solo, y tuviste la fortuna de no luchar con un paisano!

El único medio de librarse de un paisano, es el no salir jamás de la tierra donde hemos nacido, ó no nacer en ninguna parte, lo cual es mejor.

Referiré á mis lectores las escenas que me hizo representar un paisano, y comprenderán, que despues de un censor, es el peor mal que á un cristiano le puede ocurrir.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

(Finalizará.)

EL SABER Y LA INOCENCIA.

CONSEJOS A UNA AMIGA MIA.

La rosa *sabe* que es bella
que abriga esquisito aroma,
y tiene orgullo pues *sabe*
que es flor de las mas hermosas.

Los amantes la rodean,
y las abejas le acosan;
le cantan los ruisenores,
la admiran las mariposas:
sabe bien que su color
es el color de la aurora,
sabe de amores lo que
muchos amantes ignoran,
y como *sabe* que es bella
á sus amantes trastorna.
Con frio desden acoje
al que rendida la adora
y juega con él, y al cabo
una esperanza le otorga.
Vuelve en pos de su esperanza
el amante que le implora
proteccion, y nuevamente
aquella flor desdeñosa,
de sus dolores se rie
y de su pesar se mofa.
Pero llega á amar, y entonces
por fingimiento se toma,
y sin amantes perece
las que los tuvo de sobra.

II.

Por bosques prados y breñas
y riachuelos y cañadas,
cual la sangre por el cuerpo
circula incesante el aura.
Un ave que ama á una flor
suspiros de amor le canta;
¿y quién lleva estos suspiros?
la *inocente* entre sus alas.
La flor contesta y le dá
su aroma; ¿y con quien lo manda?
como entre ellas no hay correo
se obliga el áura á llevarla.
Y es que el áura cariñosa
no sabe de amores nada,
que si de amores supiera
suspirito no llevara.
Es *inocente*, y por eso
aves y flores la engañan
y de su inocencia abusan
aves, insectos y plantas.

III.

Si en este mundo deseas
amiga, Paulina hermosa,
ser feliz en tus amores,
un término medio adopta,
y no seas en tu vida,

porque serlo no acomoda,
ni inocente como el AURA,
ni *sábía* como la ROSA.

CARDENIO.

Málaga.

LA SOMBRA DE D. QUIJOTE,

O UNA VISION DEL HUMILDE

ESCUADERO TOMÉ CECIAL.

Durmiendo estaba yo, no á pierna suelta, sino á costilla removida, pues el traqueteo del ferro-carril donde iba meneaba mi cuerpo como zaranda, cuando la imaginación, esa loca de atar que vá siempre á su antojo si la razón no la enfrena, empezó á presentarme objetos indecisos, formas vagas y quiméricos fantasmas; todo envuelto en cierta niebla ó vapor flotante, que ya se oscurecía, ya por desiguales intervalos se aclaraba, así como de ordinario acontece á los reberveros de gas, que, según dicen, alumbran las calles de esta muy noble y muy heroica población. Entre las continuas idas y venidas de estas imágenes, se ofreció á los ojos de mi fantasía, la de tu amo y señor don Quijote; pero no revestida del famoso yelmo y demás atavíos bélicos, no oprimiendo las *inútiles* costillas del rocinante, como las llamaría un acreditado fondista; sino envuelto en larga toga negra, con medalla de oro al pecho y bonete doctoral en la cabeza, convertido, en fin, en un moderno catedrático y con los arreos todos de su facultad. Estendía una de sus apergaminadas y vellosas manos, como si á platicar fuese, y yo viéndolo en tal guisa y apostura semejante, no pude menos de exclamar con devoción profunda. Válate Dios, el buen caballero, y cuánto mereces desempeñar, no una, sino una docena de cátedras por tus singulares prendas; y cuánto me alegro de que hayas encontrado tu centro natural, que es enseñar sabiduría, mas bien que pugnar con malandrines, encaperuzados y molinos de viento! Al fin una vez el diamante fué engastado en el oro; que no siempre había de ser este honor para quebrados vidrios que se acuerdan del basurero! A continuar iba felicitándole por su nuevo estado, cuando con una seña cerró mis labios y abrió mis oídos para recoger sus palabras; porque de manantial semejante, solo aguardar podía delicadísimas y muy saludables aguas. Confiésote, Sancho amigo, que no pequeña envidia te tuve cuando oí tu nombre de sus labios, y comprendí que eras el objeto de su plática y amonestación, siendo yo solamente la caña hueca por donde pasaría su palabra para retumbar luego con mas fuerza en las tus orejas, aunque nada á las del galgo deben en alcance y finura. Hé aquí lo que me habló el antiguo andante y moderno catedrático.

Pláceme en gran manera, Cecial amigo, verte ahoda no solo devuelto á la vida, sino transformado de ru-
leir labrador que eras y aun algo vinoso, en sóbrio y prodo literato; y no tomes á redundancia esto de *leido*; tbues según se me alcanza, muchos de los que tal nom-
d e l levan hoy, comienzan su carrerapor olvidar cuan-
oen la escuela aprendieron, incluso los rudimentos
e urbanidad y cortesía. Huélgome además, y en ma

yor grado, por el mayor afecto que le tuve, de que mi escudero Sancho, sea tambien vivo, y tambien peregrine por el áspero sendero de las bellas letras; que bastante causa es ser bellas para ser desgraciadas; y que se haya atrevido nada menos que á fundar un periódico satírico, según me contó el *sábío* Canijudo, el del desmayado estómago. Y pues esto es así, y todos hemos necesidad de consejo, hazme el favor de darle en mi nombre los siguientes para dirigir con acierto el goblalle de su periódico.

Adviértele, en primer lugar, que ya escogido el campo donde ha de verter sus sudores, procure limpiarlo de la mala yerba. Esta mala yerba son las antipatías infundadas, las parcialidades bastardas y los recelos del temor; porque nada justo puede hacer el hombre hallándose esclavizado de la pasión ó el miedo.

Asímismo dile que no comprendo para qué pueda servir un periódico satírico en esta época; pues los follones y malandrines de antaño fueron vencidos y esterminados, por el rigor de este mi poderoso brazo, y ya no quedan gigantes, emdriagos, ni malos encantadores; pero si acaso algunos descendientes suyos osan presentarse disfrazados á la luz del día, los ataque y estermine con brio, según las buenas lecciones que pudo tomar á mi lado, cuando anduvimos peregrinando por esos mundos.

Que de ninguna manera admita y publique esos escritos que ni huelen ni hieden, como esccremento de pájaro; y obrando así hará un gran favor, no solo á los lectores y á sus propios intereses, sino al mismo autor cuyos engendros sean desechados. Cada cual ensáyese en su casa; que ningún representante sale al tablado á estudiar su papel; sino á mostrar el fruto de anteriores estudios.

Que no emplee jamás el plural hablando de su propia persona, y dándose tratamiento de *nos*; cosa mal vista en quien no lo tiene, por ser indicio de hinchazón ó necedad, ó de ambas desdichas á un mismo tiempo.

Use de urbanidad y gracejo para con los defectos ridículos; de acritud y vilurencia para con los vicios insolentes; que en el baile de este mundo debemos de acomodarnos á la música que nos tocan, y esa es la conducta del verdadero *sábío*.

Viva siempre alerta y con dos caras, como los latinos representaban al dios Jano; y esto no para ser falso; mas para verlo todo; que quien siempre mira á la espalda, atrasa como el cangrejo; y quien solo atiende á lo venidero, es un saco sin fondo, donde lo ya pasado se desliza y pierde.

No confie en la fortuna que es amiga voltaria: ponga su esperanza en su propia diligencia; y para examinarlo todo, jamás olvide con cuánta razón se asegura que el ojo del amo engorda al caballo. Repítele este refran, Cecial, que siempre fué inclinado á refranes el buen Sancho, y si en todo no ha mudado su naturaleza, debe de serlo todavía.

Al recibir algun ataque de pluma airada, no se apresure á contestarlo, como puñada entre gladiadores: vea primero si contestación merece, y caso de ser así medítela con la almohada y con algunos discretos amigos, y publíquela reducida á pocas palabras; pues la abundancia de ellas debilita el pensamiento, así como

las muchas vueltas de un río aminoran el ímpetu de su corriente.

Estas amonestaciones ván encaminadas principalmente á la parte moral, que puede llamarse alma del periódico; en cuanto á la material y física, lego soy, por tal me confieso, y en mi ignorancia de las mecánicas de imprenta, solo puedo aventurar algunas especies hijas solo de mi leal afecto por Sancho, y de mi deseo de verlo crecer como barriga de casada pobre.

Así, le encomiendo con grande ahinco, que repase pruebas y contrapruebas, para no cargar su conciencia dejando que los cajistas levanten falsos testimonios á los autores, suponiéndoles lo que no imaginaron decir, con solo equivocar algunas letras; grave daño que obliga á parecer loco al de más cuerdo juicio, ante los ojos del suscriptor que lee, *mi ardiente pimienta*, en vez de *mi ardiente pensamiento*; *carezco de ventana*, por *carezco de ventura*, y otras cosas capaces de levantar en peso al mismo coloso de Rodas. Tales pedradas caen siempre sobre los autores, como sinó tuvieran bastante trabajo con serlo.

Y adviértele también la mayor puntualidad en cumplir sus ofertas y compromisos. La palabra del hombre honrado es oro inalterable y puro; las otras monedas de plata falsas que descubren por sus bordes el vil metal de que son formadas.

Que procure dar á su periódico una elegante forma, ya que tal importancia se concede al exterior de las cosas; mal, que algunos achacan á este siglo; pero que era muy común en mi tiempo, y creo que en los de Adán tuvo principio.

No publique novelas traducidas, y menos del francés; pues para instrucción y recreo existen muy buenas en castellano; y tales que despiertan la codicia estrangera, que á veces suele apropiárselas, como ha sucedido con la vida de Gil Blas de Santillana.

Otras muchas advertencias para Sancho pudiera encomendarte, Cecial amigo; téngolas en la punta de la uña y me proponía decírtelas todas; pero el ruido de esta endemoniada máquina me aturde y enreda el hilo del pensamiento, y ya tengo la cabeza hecha un campo de Agramante, donde todo es confusión y desorden. Mas como el señor mejora sus días, no pierdo la buena esperanza de visitar en espíritu á mi leal escudero, y entonces podré mas desahogadamente entretenerme con él en largas y amenas pláticas. Entretanto, no te olvides de contarle cuanto de mí has oído, y queda con Dios hasta nueva vista.»

Así habló la sombra de tu buen amo, y fuese desvaneciéndose y elevando como el humo: cuando se borró enteramente; un agudo silvido de la locomotora me sacó de mi sueño, y comencé á dudar de cuanto en él habia visto y oído; mas las palabras de don Quijote se hallaban tan fuertemente grabadas en mi ánimo, que sea verdadero ó falso mi sueño, he determinado repetírtelas tales cuales las conservo en el archivo de mi memoria: y además pagar dos misas por el eterno descanso del valeroso andante, cuyo espíritu aun anda vagando por este mundo, y vagará, según creo hasta la consumación de los siglos. Haz tú lo mismo, querido Sancho; y cuando á tí se aparezca, que si se aparecerá, pues tal caballero nunca faltó á su palabra, cuéntame lo que dice, píntame su traje y manera, con las demás circunstancias que juzgues dignas

de ser mencionadas. Mientras, no eches en saco roto sus amonestaciones, y regla tu conducta por ellas; que hijas legítimas son del buen juicio de tu amo y del afecto que te profesa; en el cual ninguna ventaja hace á tu paisano, amigo y compañero,

TOME CECIAL.

Sevilla.

EL LLANTO DE LA VIUDA.

II.

(CONTINUACION.)

—Sí: yo soy, señora: yo, que no puedo vivir sin vos y vengo á morir á vuestro lado; porque vos no sabéis lo que pasa... Las tropas del Archiduque vienen talando los campos, incendiando los caseríos, degollando, violando doncellas... me estremezco!

—¡Oh, qué placer, Estefanía! vengan los austriacos!

—¡Ah! nó, por Dios; señora: los austriacos asesinan....

—¿Qué me importa la muerte? Yo quiero morir. Brote la sangre de la ancha herida.... así mas pronto me uniré á mi Juan. Pero tú, mi pobre Estefanía, no debes morir. Eres joven, hermosa; tal vez amas y eres correspondida del hijo del cocinero.... vive, huye y abandóname otra vez.

—¡Nunca! pero no escuchais? se siente ruido de armas y las ásperas voces de la soldadesca... Ah! son ellos: los austriacos!

—Donde nos ocultaremos! si hubiese algun sepulcro vacío....

Un sargento de alabarderos se acerca atraído por los ayes femeninos, franquea la puerta del cementerio y dice:

—¡Eh! ¡ohé! ¿quien se lamenta aquí?

Un rayo de luna hiere de lleno los semblantes de aquellas dos mujeres, que abrazadas al pié de un sepulcro representaban los génius del dolor y de la noche. La misma claridad brilla en la reluciente armadura del guerrero: el céfiro agita suavemente las plumas de la cimera de su casco. Sus ojos negros como el azabache se abren extraordinariamente al contemplar aquel interesante grupo; descansa en el suelo la contera de su pica, y continúa.

—Sois los génius de la muerte, ó dos ángeles bajados del cielo para evocar los manes de algun sepulcro?

—Somos dos tristes mujeres,—dijo Estefanía balbuceando,—una que desea vivir y otra que llama la muerte.

—¡Voto al diablo! ¿quién es la que quiere morir?

—Yo: dice la viuda adelantándose con ademán resuelto.

—Vos, señora ¿quereis morir? tan joven y tan hermosa... ¿cuál es la causa?

—Ha muerto el hombre á quien adoraba y está empeñada en que la entierren con él—dice Estefanía.

—Jamás he oído mas raro capricho. Y ese hombre ¿quién era?

—Su marido.

—¡Já! ¡já! su marido!.... eso sí que es original.



Si hubiese sido su amante... pero morir por un marido, es una cosa inverosímil!

Al sonreírse el sargento de alabarderos, no pudo menos de notar Estefanía que tenía una dentadura muy blanca, que parecía mas blanca entre el espeso vigote negro.

—Caballero,—dijo Juana irguiéndose con entereza—una esposa puede morir tan bien como una dama: la prueba es que yo voy á morir.

—¿Vos, noble señora? ¡oh! es imposible: vos no debéis morir.

—Es verdad, señor sargento? una mujer hermosa no debe morir sino cuando Dios la llame á su seno. Pero vos, señor ¿quién sois?

—No lo conocéis en mi traje? Soy un guerrero... defendiendo los derechos del emperador de Austria. Estoy encargado de custodiar los cadáveres de unos traidores que cuelgan allá arriba de las ramas de unos árboles y he acudido á los lamentos de esta hermosa y desconsolada señora.

—Gracias, señor sargento,—dijo Juana dejando escapar una mirada fugitiva por bajo sus arqueadas y negras cejas.... Hasta entonces no habia reparado que era un arrogante mancebo.—¡Gracias!—continuó con una voz lánguida y conmovida.—Es verdad que no se yo quien pueda interesarse por una pobre mujer que está de sobra en el mundo: cuando tiene cerrado su corazón á todas las sensaciones agradables...

—Callad, señora, no digais eso.... levantad esos hermosos ojos... ¿cómo os llamais?

—Juana.

—Pues bien: bella Juana, mirad esas dos aves como juegan y se acarician... Hace tres días que uno de mis soldados, mató de un tiro de arcabúz al macho de esa oropéndola. La pobre viuda relevoletó alrededor del soldado queriendo arrebatárle su presa: viendo la inutilidad de sus esfuerzos, cantó tristemente su soledad, tuvo calor, se bañó en el arroyuelo inmediato, sacudió al aire sus plumas y cuando estuvieron secas se sintió mas tranquila.

Al siguiente día un oropéndolo solitario, de esos pájaros que salen sin compañera del nido materno, encontró á la oropéndola viuda... la dirigió palabras de consuelo...

—Y como sabeis esas cosas? le interrumpió Estefanía.

La viuda escuchaba la relacion con la inocente curiosidad de un niño.

—¡Oh! yo entiendo el lenguaje de los pájaros,—continuó el tudesco. Escuchad, señora.—La oropéndola rechazó los consuelos del pájaro solitario, quiso volar hácia la breña; pero él le atajó el vuelo presentándola una cereza en el pico.

La viuda no voló hácia la breña: no comió la cereza: porque el dolor tenía anudada la garganta: pero se estuvo quieta.

El oropéndolo durmió á su lado aquella noche: ó mas bien, veló por su seguridad, piando de tiempo en tiempo dulcemente.

Al otro día volaron juntos, juntos buscaron el alimento: juntos se bañaron en el arroyo.

Hoy, ya lo veis, hermosa señora: esas aves juntan sus piés y sabeis porqué? porque se han entendido, porque se aman.

—¡Qué historia tan peregrina! es verdad, señora? —dijo Estefanía—lo mismo debe suceder en el mundo. Con que vamos, señora, abandonad este lúgubre retiro.

—Oh! nó: querida Estefanía, me hallo bien aquí.

—Sí, sí:—añadió el sargento—Este parage, aunque triste, tiene cierto suave atractivo... Mirad: no conviene que vuestra linda señora se aleje repentinamente del objeto de su amor. Este violento cambio de lugar pudiera serla nocivo. Esperad. Voy á dar una vuelta á mis buenos rebeldes ahorcados: arreglaré el servicio de mi tudesco y volveré con algunas provisiones de boca. Aquí pasaremos la noche: este es un sitio delicioso. Es un admirable contraste el que ofrece un cementerio á media noche ocupado por personas vivas.—Voy.

—Deteneos.

—Nada, señora: los alabarderos del Emperador no retroceden jamás...

—Es que... tengo miedo...

—Voto vá! Pues bien: tomad—dijo quitándose del cuello un cordon de seda del que pendía un lindo silvato de márfil con engarce de plata, tomad: Si en el tiempo que estoy ausente correis algun peligro, tocad ese silvato y volaré á vuestro socorro. A Dios.

—Pero...

—Quereis otra cosa?

—Quiero... no sé... pero me parece que la sombra de mi adorado Juan.

—¡Qué señora, temeis...

—Temo que me reproche, que se irrite porque os haya hablado; porque me haya distraído de tan justo dolor.

—Bah! bah! preciosa niña, las sombras de los muertos no hacen reproches ni se irritan: descansad en paz.

—Estais seguro?...

—Oh! sí: el capellan de nuestro regimiento nos lo dice para animarnos al combate.

—Con todo, este lugar es tan pavoroso!

—Quereis seguirme?

—Al campamento?... qué horror!...

—A ese bosquecito inmediato. Efectivamente un cementerio no es el sitio mas á propósito para recibir consuelos por la pérdida de un ser querido que descansa en él.

—Pero quién os ha dicho que yo quiero consolarme? yo quiero llorar eternamente.

Y Juana decia con los ojos mas enjutos que los de una estatua.

«El muchacho era gloton,

«Y su madre lo atracaba.

El sargento de alabarderos insistió: Estefanía empleó los argumentos de que «todos los escesos calman»—no hay chaparron que dure cien años»—«los duelos con pan son menos»—«el muerto al hoyo y el vivo al bollo»—«á rey muerto, rey puesto,» y otros semejantes; fortificándolos con los rasgados ojos del alabardero, pero...

Y Juana, sensible como toda mujer jóven y viuda, se dejó al fin conducir al bosquecillo inmediato: no sin lanzar antes de salir un ¡A Dios, Juan mio! con estilo tan romántico como pudiera hacerlo la dama jóven de una compañía de la legua.

El padre de Juana, hombre borrachon que se achis-

paba infaliblemente todas las noches, quiso antes de acostarse dar una vuelta por el cementerio y emplear el último esfuerzo para arrancar de él á su desconsolada hija.

¡Cuál sería su sorpresa al encontrar abiertas las puertas de par en par y solo y solo, enteramente solo, aquel lugar pavoroso. Llamó á Juana y á Estefanía, una, dos y tres veces, se dirigió al nicho de su difunto yerno, tocó la lápida que aun estaba humedecida con las lágrimas de la viuda, á no ser que fuese con el rocío de la noche y al pié de ella vió una cosa que relumbraba... tal vez el medallon que Juana llevaba al cuello con el retrato de Juan.

Bajose á cogerla y era una pipa: la pipa del alabardero—Diablo! exclamó el viejo, soltándola de pronto como si hubiese quemado.—Si será del sepulturero? —Oh! nó, esa gente no gasta tanto lujo: y volvió á tomarla del suelo... Pero esa muchacha sor... si se habrá ido á casa por otro camino. De todos modos: no es muy grato estar en este funesto recinto donde yacen los restos de mi querida Toribia y donde podría acusarme desde el sepulcro mis pequeñas infidelidades. Partamos.

Y el viejo marchó guardando su pipa y dejando para el día siguiente el discurrir acerca de su procedencia.

(Se continuará.)

GALERIA BIOGRAFICA.

NOVELISTAS.

I.

ALFONSO KARR.

(CONTINUACION.)

Desde este día sus escritos eran solicitados y obtenidos á alto precio, que monopolizaba el editor Werdet, el cual publicó posteriormente otros dos poemas titulados, «Une heure trop tard y Fa diéze.»

El primero de estos forma la segunda parte de Sous les Tilleuls y el segundo es una poesía llena de encanto y de imágenes risueñas, es un sueño breve y fantástico que pasa ligeramente por nuestra imaginación y nos presenta en toda su pureza y extensión las sensaciones distintas del alma, desde las mas melancólicas hasta las mas risueñas, ya en la infancia, en la pubertad, como en la edad madura. Semejante á una composición musical, ya nos encanta, nos halaga, nos languidece con sus creaciones, voluptuosidad y la unidad de sus acordes.

El poeta se presenta en este poema atrevido y resuelto, como el escritor que llega demasiado presto á la cúspide del periodismo, y se entrega á los arrebatos de su fogosa imaginación.

Llevado de su ambición de gloria no tardó en presentarse ante los que leían con avidéz sus escritos, y puso en relieve todas las particularidades de su carácter y persona, sin pasar mucho tiempo para que este deseo de satisfacer su amor propio sobrepujase á sus esfuerzos de escritor.

Este continuo escribir de sí mismo llega á languide-

cer el interés de sus escritos, haciéndose caprichoso, egocéntrico y monótono.

Quizá esta fuera su pretensión, pues á juzgar por cuanto decía, nadie creería que trataba sino de arrancar exclamaciones de sorpresa por los hechos de su vida, sus ideas y resoluciones.

Así es, que le vemos aparecer ante el escenario del Teatro del Odeon una noche en que se estrenaba una tragedia, vestido de negro y un casco puesto en la cabeza.

Es preciso concederle que en efecto sus ideas son originales y su empeño decidido para practicar cuanto se le ocurre. Esta es su ciencia, por lo que se vale de ella para hacerse notable y reconocido de todos.

Calculando que mejor le iría viviendo solo en un séptimo piso de una casa de la calle de Tronchet, abandona la hospitalidad de su amigo de la calle de Fossés.

En la nueva habitación el mueblaje se compone de una tabla que le sirve de mesa, después de silla y por último, de cama. Este es un estilo semi-berberisco, que viene á completar con su vestido de casa, compuesto de una gran bata encarnada, un peinado encrespado del que salían dos grandes plumas de pavo real, y sus piés desnudos calzados con grandes babuchas amarillas.

De esta suerte recibe á cuantos van á visitarle, ya sean amigos, periodistas ó actores.

No estaba contento con este aspecto de su vivienda. La imaginación buscaba un nuevo modo de causar efecto, y una mañana sorprende á sus visitantes que encuentran la habitación toda pintada de negro, techo, suelo y paredes, adornada con huesos humanos, cráneos, armas antiguas, cuernos de caza y murciélagos clavados en la pared, ó colgado del techo.

La cama ya no es la tabla de que antes se servía, ahora se acuesta en el suelo entre dos tizos que continuamente arden, ó en un féretro colocado entre dos blandones.

Cuando le hablaban contestaba con un eco triste y siniestro, como si aquel cuerpo que estaba rodeado de tanto aparato fúnebre fuese un espectro ó sombra que nada comuntuviera con los mortales.

Si alguno estaba presente á la hora de la comida le invitaba á acompañarle con modales misteriosos, sirviéndose los alimentos en cráneos, que causaban el asco y desgano en los invitados, menos en sus compañeros los enterradores.

Conocido ya este espectáculo por multitud de personas que acudían á verle, determinó mudarse á la calle de Vivienne, y llevándolo á efecto no bien lo hubo pensado.

Él mismo mete en varios canastos los huesos, armas y animalitos simbólicos, los pone sobre sus espaldas, coge su tabla y su féretro, carga con él también y atraviesa de esta manera lo principal de París hasta llegar á su nuevo domicilio.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

No nos encontramos con fuerzas para hacer nuestra acostumbrada Revista del Teatro Principal. *Maria di Rohan* ha sido la novedad de la semana, y una ópera cantada como lo ha sido esta en la ocasión presente, pertenece al número de las calamidades públicas, sobre las cuales conviene callar para no contristar el ánimo. Periódico ha habido, sin embargo, que no contento con encomiar la eje-

cucion, ha llegado hasta anunciar grandes entradas en las representaciones sucesivas. Esto puede indicar que el consabido no sabe lo que se pesca, como puede indicar tambien otra cosa. En la segunda representacion el teatro estaba casi vacio. Pero qué *ejecucion!* Seguros estamos de que no escogió la ópera el señor Butti, apesar de ser la predilecta de los barítonos, porque creemos que ese apreciable artista, habrá sido el primero en reconocer que es superior á sus fuerzas. No faltaron sin embargo los aplausitos de ordenanza. Los dos primeros actos pasaron entre bostezos y crispaciones de nervios. Ya en el tercero, era cosa de apresurarse, porque si no se acababa la funcion sin batir palmas, lo cual hubiera sido faltar á las tradiciones. Y se batieron palmas, y se conmovieron los aires, y el arte se cubrió la cara, y la sombra de Donizetti lanzó un gemido, y.... punto final.

En las últimas representaciones de la *Lucia*, se ha cantado ya el duo de tenor y barítono. Cuando se cante la ópera entera se avisará á domicilio.

Dicese que se ha reproducido en el *Inválido Ruso*, y en el *City of New-York*, una revista de teatros, escrita por el *saladísimo* revistero de un periodiquico anti-literario, anti-moral y anti-jocoso, que vé escasamente la luz pública en esta ciudad todos los domingos. En un periódico que se publica en el Indostan, tambien parece que se han visto reproducidas las tales revistas. Cáspita, qué talento tiene ese revistero! decíamos cuando llegó á nuestras manos el periódico en cuestion y leimos lo siguiente:

«Esto no obsta para que en lo sucesivo espongamos nuestro juicio con la imparcialidad que acostumbramos, ya que nuestras reseñas son reproducidas en los periódicos de la corte y en los de París.»

Apenas llegamos á este párrafo, se armó en la redaccion de *Sancho Panza* una de los diantres. Juan Palomeque se puso á cantar, «Eres turco y no te creo.» Dulcinea gritó desafortadamente: eso es mentira; á ver, que me traigan esos periódicos de la corte. Pero-Recio, dijo; señores, ¿por qué estoy yo triste? yo que leo todos los periódicos de París, no he leído semejantes revistas. Eso será, dijo el Payo, que como los franceses son el demonio, han hecho una tirada secreta con la reproduccion de esas revistas; así es, que no las han visto mas que el que las escribió en Cádiz y el que las reprodujo en París. No hay tales carneros, repuso Maese Nicolás; eso es lo mismo que aquel que se asustó con un burro, y le dijo un compadre suyo: compadre, usted se asusta con su sombra,

Sancho Panza se levantó cantando:

Quién me verá á mí, quién me verá á mí.

Tan bonito y en letras de molde

Salir por París,

Salir por París.

El miércoles de la semana anterior se puso en escena en el Teatro del Fálon, la comedia en cuatro actos y en verso, del señor don Rafael Leopoldo de Palomino, titulada: *Llegué, vi y vencí*. La falta de espacio no nos permite ocuparnos hoy en el juicio critico de esta produccion. El autor fué llamado á la escena.

Llamamos la atencion de la autoridad sobre ciertos niños que se entretienen todas las tardes en arrojar piedras como melones á las pobres serranas que venden bellotas en la calle de la Union. No hace muchos dias que presenciámos con asombro un lance indigno de una ciudad culta: una infeliz serrana que estaba entretenida con

una labor propia de su secso, recibió una enorme pedrada; lloraba la infeliz; bufaban los transeúntes que presenciaron la escena, y no pareció un municipal.

Puede remediarse el mal;

(lo pido de buena gana;)

teniendo cada serrana

al lado un municipal.

Por la calle de San Miguel no pasa un basurero hace tres meses; está la calle como para recibir al príncipe de las inmundicias. Como los basureros no tienen votos, ni botas, ni siquiera zapatos, no nos pueden decir que estaban ocupados en trabajar en las pasadas elecciones.

¡Qué situacion tan cruel!

llamando está con premura,

al carro de la basura,

la calle de San Miguel.

Decididamente el *Teatro-Circo Gaditano* tiene mala sombra. desde que lo fundaron á la fuerza hasta que lo destruyan de motu propio, el génio de las desdichas vivirá en la plaza del Hospital del Rey. Viene una compañía de zarzuelas y dice el gobierno: ¿Zarzuelitas á mí? abajo el teatro. ¿Con que no sirve esto para teatro? pues bien, hagámosle circo ecuestre, traen los caballitos, se anuncia la primera funcion y zás! eso no sirve, dice el público; Mer señores, que mamarracho: dice un francés, empieza la funcion á las siete y media y á las nueve y media se acaba la funcion, ¿hay dos funciones esta noche? preguntó un andalúz: ¿trabajan los titiriteros por la homeopatía, dijo una andaluza: un catalan exclamó embozándose en su nube:

¡Para cuando son los rayos!

Así se ván los dineros.

No veo mas titiriteros

Ni vengo á ver mas caballos.

Yo creo que la empresa del Circo debe velar por sus intereses, y ajustar una buena compañía ecuestre ahora que le ha dado por los caballitos. Voy á referir un cuento que viene aquí como de molde:

«Salía antiguamente de un convento todos los domingos un rosario que recorria todas las calles de un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme.

Es el caso, que llegada que era la procesion al lugar determinado, un padre capuchino subia al púlpito preparado al efecto, los acompañantes dejaban los faroles bajo el pórtico de las casas consistoriales, y empezaba el señor que siempre era oído con respetuoso silencio. Un dia, queriendo probar el reverendo padre que en aquel pueblo no habia religion, dijo entre otras cosas:

—Antiguamente acompañaban á este santo rosario los condes, los duques y los comerciantes, pero ahora. ¿Quiénes son los que vienen? cuatro pillos, dostunantes, y nadie mas.

Acabada la platiquita que pudiera llamarse muy bien una *indirecta del padre Cobos*, ordenó el padre á su lego continuase la procesion.

—Tendremos que volvernos solos al convento, respondió el lego, porque gracias á la insinuacion de su paternidad, no hay quien quiera cargar con los faroles.»

Pues eso mismo digo yo, si ahora que á la empresa del Circo le interesa para acreditar su circo traer una buena compañía ecuestre, no la ha traído? Mañana que la traiga, quién cargará con los faroles, es decir, quién irá á verla? He dicho.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, á cargo del mismo, calle de San Miguel, número 18.